



## UNA MALA NOTICIA

—¡Venga, Onin, están a punto de llegar!

—No es mi culpa, Erik. No puedo pedirle al horno que vaya más deprisa.

—Pues vaya rollo. ¿Por qué tarda tanto? Después estarán calientes y nos harán daño en la tripa —protestó mi hermano.

Estábamos nerviosos. Las galletas de mantequilla y miel que habíamos preparado no estaban listas todavía. Habíamos invitado a nuestros amigos a merendar y a jugar en el jardín del caserío.

DIN-DON.

—¡Ya están aquí! —exclamó Erik corriendo hacia la puerta.



Me reí. Cuando se trata de Sara se pone demasiado nervioso.

Eran Aimar y ella. Ainara había ido de compras con sus padres. Le guardaríamos algunas galletas. Cuando tienen pepitas de chocolate le chiflan.

Bueno, a mí también.

Y a Erik.

Y a Sara.

Y a...

¿A quién no le gustan las galletas con chocolate?

—Mmmm, qué bien huele. ¿Habéis preparado galletas? —dijo Aimar acercando la nariz al horno.

—Se están terminando de hacer —expliqué fijándome en el color dorado que comenzaban a tener.

—Tienen una pinta riquísima —dijo Sara.

—Pero habrá que esperar. Cuando están calientes no se pueden comer —se lamentó Erik.

—¿Por qué? —preguntó Aimar.

Erik se rascó la cabeza.

—No sé. Es lo que dice nuestra abuela. ¿Qué os parece si mientras se enfrían hacemos cuajadas?

—¡Genial!

—Vamos a buscar la leche.

—¿Adónde?

—¡Venid, ya veréis!

Tenemos dos ovejas. Solo dos, pero eso ya es más que la mayoría de la gente. ¿Cuántas tenéis vosotros? Txuritxo y Beltxiña nacieron cuando nosotros teníamos dos años. Nos las regaló Arantza, la pastora que vive en el caserío que está al lado del río. Eran dos bolitas de lana, una negra y otra blanca. Le prometimos que las cuidaríamos y lo hacemos muy bien. Cuando llega el verano, suben con otras ovejas del pueblo a los altos pastos de Urkiola. El resto del año lo pasan en casa. Bueno, en casa no, en el corral. Y es allí hacia donde nos dirigíamos.

—Amama, venimos a ordeñar a Txuritxo y Beltxiña —anuncié al ver a nuestra abuela en la

puerta de la caseta de madera.

Su cara no anunciaba nada bueno. Sus ojos estaban cargados de preocupación y sus labios no sonreían.



—¿Qué pasa, amama?

El suspiro que dejó escapar antes de contestar confirmó que algo iba muy mal.

—Txuritxo...

Erik corrió hacia la oveja. Era su preferida. Fue él quien le puso el nombre cuando nació y la vio tan blanca. El nombre de su hermana me tocó elegirlo a mí.



Y como era negra... ¡Beltxiña!

Txuritxo estaba tumbada en el suelo. Le costaba respirar y tenía los ojos cerrados. Los abrió cuando Erik la acarició.

—Está muy enferma —nos explicó amama—. Si no hacemos algo pronto, ella y su cría morirán.

—¿Su cría? —preguntó Sara.

Amama pasó la mano por la barriga de la oveja, que cada día que pasaba se veía más redonda.

—Txuritxo va a ser madre. Le faltan pocos días

para parir. Calculo que dos o tres como mucho.

—¡Tenemos que salvarla! —exclamó Erik. Sus ojos brillaban por las lágrimas.

—Es difícil —aseguró amama—. Necesitamos una planta que no es fácil de encontrar.

—¿Cuál, amama?

—Una que crece cuando se funden las últimas nieves. La llamamos flor de San José o prí-mula. Es amarilla y tiene unos pétalos muy frágiles. Antes era fácil encontrarla en las alturas

de Anboto, pero por culpa del cambio climático cada vez nieva menos. Este año no ha caído ni un solo copo. No encontraremos ninguna.

—¿Y no hay otra manera de curarla? —preguntó Sara.

Nuestra abuela negó con la cabeza.

—Las flores de San José son el ingrediente principal de mi pócima. Sin ellas no podré salvarla.

—Vuestra madre es científica. Seguro que se le ocurre algo —dijo Aimar.

—¡Es verdad! —exclamé yo.

—Seguro que sí —añadió Erik.

Dejamos a amama con Txuritxo y echamos a correr hacia el caserío. Casi derribamos a nuestro padre, que llegaba de las colmenas con su traje de hombre del espacio.

—¿Adónde vais tan rápido? ¿No os apetece un poco de miel recién recogida?

—Más tarde. ¡Gracias, aita!

A Erik y a mí nos encanta entrar al laboratorio de nuestra madre. Bueno, realmente no tenemos permiso para entrar libremente. No tenemos la llave de la puerta, así que siempre entramos con ella. Se llama Tina. Trabaja en Bilbao con otros muchos científicos, pero le gusta ensayar cosas en casa. Desde el exterior parece una habitación más, como nuestro dormitorio o el comedor. Pero cuando abres la puerta y ves todos esos tubos de cristal con líquidos de colores brillantes te das cuenta de que es un lugar especial.

—Guau, parece el castillo de Gargamel... —exclamó Sara.

—O la casa de una bruja malvada —añadió Aimar.

Erik y yo nos habríamos echado a reír de buena gana, pero reírnos era lo último que nos apetecía con Txuritxo tan enferma.

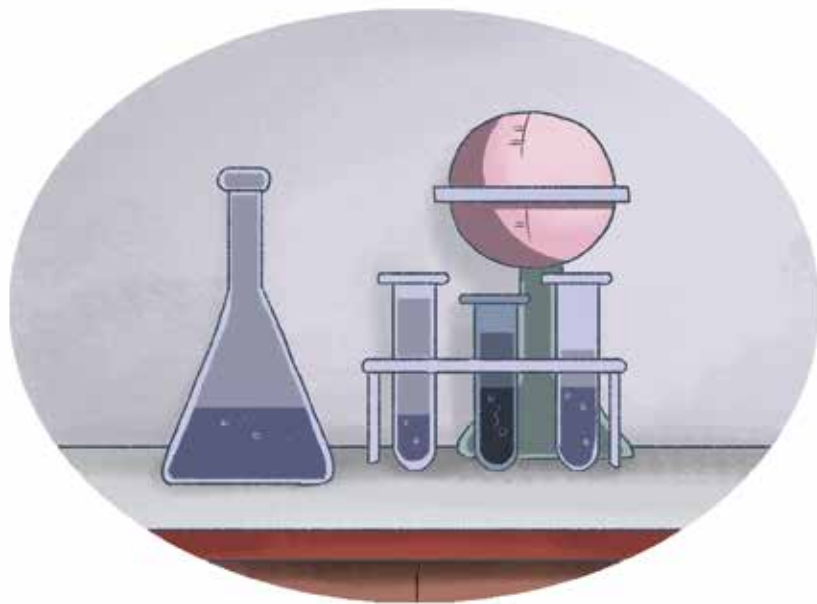
—Hola, chicos. ¿Qué tal las galletas?

La sonrisa con la que nos había recibido nuestra madre desapareció en cuanto le contamos lo que sucedía.

—Parece grave... —dijo pensativa—. Dejadme que mire por aquí. Quizá tenga algo que nos sirva.

Por un momento respiramos aliviados. Seguro que una científica capaz de inventar vacunas que salvan vidas de niños encontraba una solución para nuestro problema.

La seguimos en silencio mientras buscaba entre los tubos de ensayo y frascos con contenidos misteriosos.



—Este lugar es increíble. —Sara observaba un tubo de cristal sobre el que flotaba una nube de color rosa.

—¿Ama, puedo hacer el truco de los huevos? —preguntó Erik.

—Claro. Venid, os preparo los ingredientes en esta mesa.

Me reí por lo bajo al ver que Sara y Aimar se acercaban a mi hermano. Seguro que no tardarían en salir corriendo. Yo me quedé tan lejos como pude.

Erik mezcló unas piedrecitas verdes con un líquido transparente y lo puso a calentar. Al principio solo se veían unas burbujas, pero muy pronto se extendió un olor asqueroso.

—¡Vaya peste! —protestó Sara—. Parece que alguien se ha comido toda una cazuela llena de alubias.

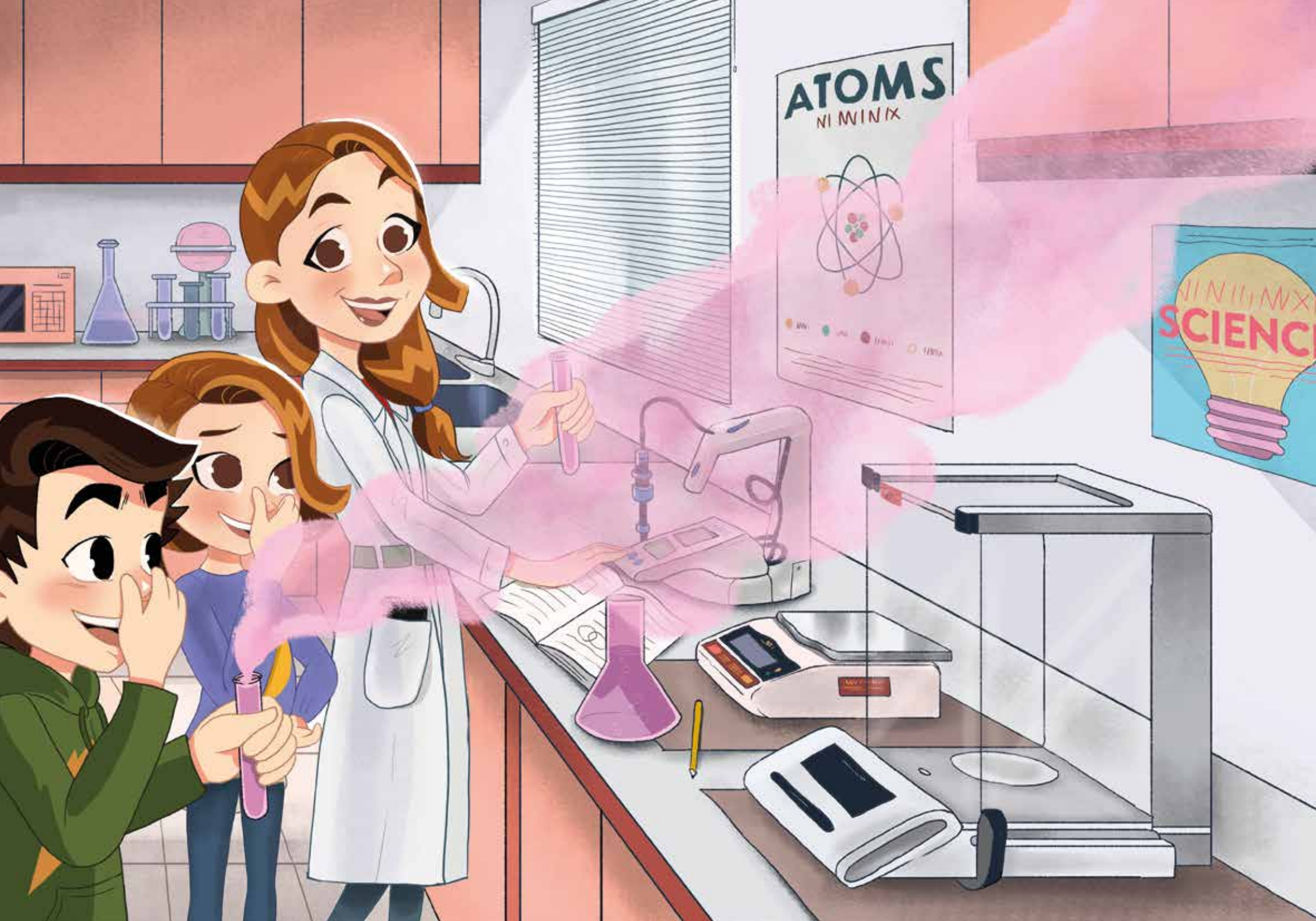
—¡Huele a huevos podridos! —exclamó Aimar tapándose la nariz.

—Venga, Erik, para ya. No hay quien aguante esta peste —dije mientras abría la ventana para ventilar el laboratorio.

Mi hermano se reía a carcajadas.

—Erik... —le regañó nuestra madre, que no dejaba de rebuscar entre sus cosas.

—¿Cómo has conseguido que oliera tan mal? —quiso saber Sara en cuanto el olor se esfumó.



ATOMS  
NI WINIX



SCIENCE





—Oh, es solo una reacción química a la mezcla de dos componentes —explicó Erik haciéndose el interesante. Esta vez sí que tuve que hacer esfuerzos para no reírme.

—Creía que había guardado algunas flores de San José secas por aquí —se lamentó nuestra madre revolviendo en unos cajones—. Pues parece que no... Tendremos que subir a la montaña.

De repente tuve la sensación de que todo estaba perdido. Si en aquel laboratorio no podíamos encontrar la solución a la enfermedad de Txuritxo, jamás lo conseguiríamos.

—Amama dice que este año no han salido —expliqué.

Mi madre arrugó los labios.

—El maldito cambio climático. Como los humanos no dejemos de contaminar el planeta no habrá quien viva en él. —Cogió un mapa y lo extendió sobre una mesa—. Vamos a ver... En algún lugar podremos encontrar esas flores.

—Habrá que ir muy lejos. No sé si nos dará tiempo a llegar antes de que Txuritxo... —empezó a decir Erik. Su voz era muy triste.



—¡Claro que sí! Iremos adonde sea necesario y volveremos a tiempo para curarla —le interrumpí.

—Ya lo tengo —decidió mi madre apoyando un dedo en el mapa—. Iremos al Larrun, el primer monte de los Pirineos. Allí seguro que ha nevado.

—Yujuuu

—¿Nosotros también podemos ir? —preguntó Aimar. Sara también aguardaba la respuesta con emoción.

—Claro. Cuantos más ojos busquen las flores, antes las encontraremos.

—¡Gracias, Tina!

—Voy a llamar a Ainara. Seguro que ya ha terminado las compras y le dejan venir —decidí mientras corría hacia el teléfono.

—Yo voy a preparar la mochila —anunció Erik.

Y así es como comenzó una aventura mucho más emocionante de lo que ninguno de nosotros esperaba.



## EN TREN A LA MONTAÑA

—Ya estamos aquí. Tenemos que darnos prisa, el tren está a punto de partir —anunció nuestra madre cuando llegamos a un barrio de caseríos.

—¿Qué tren? ¿No íbamos a una montaña? —preguntó Erik.

Pintto ladró desde el maletero. En cuanto oye hablar de montañas se pone contento.

Yo tampoco entendía nada. ¿De qué tren hablaba?

Ainara se rio y nos mostró su *tablet*.

—El de Larrun es un tren cremallera. Está preparado para subir cuestas. Nos llevará a la cima en muy poco tiempo.

Aimar se rascó la cabeza.